

ROBERTO FERNÁNDEZ

CARLOS III

Un monarca reformista



CARLOS III
UN MONARCA REFOR-
MIS
ROBERTO FERNANDEZ

A Ginés y Margarita, una suerte de padres

PRELIMINAR

El presunto lector de esta obra acaso podría interrogarse acerca de la utilidad que tiene volver a presentar en público al hijo de Felipe V y de Isabel de Farnesio. Por si esta fuera su pregunta, he aquí mi respuesta. La presente es una biografía de Carlos III y una historia de sus reinados que desea cumplir con una máxima que aprendí hace muchos años del maestro Pierre Vilar: debemos pensar históricamente el presente. Para que la ciudadanía decida sobre sus proyectos de vida individuales y colectivos, debe reflexionar sobre su presente y su futuro sin olvidar que el análisis del pasado, a saber, el estudio de cómo funcionan y cambian las sociedades, es imprescindible para conformar propuestas sociales sostenibles que permitan a la Humanidad continuar disfrutando de ese maravilloso planeta que es la Tierra.

Carlos III está todavía presente porque la experiencia histórica de sus reinados nos ayuda a pensar sobre la naturaleza humana y sobre nosotros mismos, sobre nuestro país y sobre nuestra contemporaneidad. En esencia, esa es la postrera utilidad de la tarea intelectual de los historiadores: ofrecer a la ciudadanía un conocimiento científico sobre el pasado que le sea de provecho para pensar en libertad la mejor forma de organizar a los seres humanos en sociedad.

Partiendo de esta premisa, se entenderá entonces que, además de ocuparme del relato de su vida, dedique especial atención a analizar y comprender las diversas políticas carolinas a la luz de distintos contextos internacionales y de los diferentes reinos que tuvo que gobernar. El personaje Carlos III me interesa en función de lo que representaba: un monarca paradigmático del absolutismo reformista e

ilustrado. Y cuando me ocupo más particularmente del hombre es porque hablo de él como un soberano que fue educado desde su nacimiento para ejercer una función concreta: seguir dando sentido a su dinastía mediante la gobernación de un gran reino en el marco del Antiguo Régimen.

Por su parte, considero que los reinados de Carlos III continúan siendo un tema de máxima actualidad porque ayudan a reflexionar sobre el alcance histórico del reformismo y de la Ilustración en relación con la posible bondad de sus propuestas para la actual gobernación del mundo. Los reinados carolinos representaron un intento de reformar el feudalismo tardío, esa fase de la historia europea en la que se estaban produciendo tres grandes fenómenos. Primero: el sistema social imperante empezaba a dar muestras de agotamiento mientras otro nuevo comenzaba a ofrecer síntomas de su vitalidad. Segundo: algunos insignes intelectuales y políticos articularon una propuesta de cambios moderados para que no desapareciera aquel modelo de sociedad que permitía mantener la situación privilegiada de quienes formaban las élites sociales, así como para posibilitar al mismo tiempo que los sectores ascendentes llegaran a esos lugares de preeminencia sin tener que cambiar la esencia del sistema. Y tercero: más allá de las intenciones últimas de las políticas realizadas, algunas de las ideas formuladas y de los cambios efectuados fueron socavando, objetivamente, los cimientos del viejo orden establecido desde la Edad Media y que con la llegada del Humanismo y el Renacimiento había empezado a mostrar las primeras grietas.

Pero también Carlos III y sus reinados resultan de un gran interés para nuestros coetáneos porque se desarrollaron en tiempos de la Ilustración. El tercer Borbón vio nacer y crecer a su alrededor un mundo de nuevos valores que empezaron a surgir con gran fuerza y presencia en la vieja

Europa y en la joven América. Fue entonces cuando la razón entabló una obstinada lucha contra la superstición y el providencialismo, las ideas cosmopolitas contra los meros apegos locales, la noción de ciudadanía contra la concepción del vasallaje, la libertad de expresión contra el control ideológico de reyes y eclesiásticos, la idea optimista de felicidad individual y pública contra el fatalismo religioso, el mundo de la ciencia empírica contra la escolástica, la educación y el mérito como instrumentos para el acceso social contra las estancas jerarquías estamentales y, finalmente, el Estado como un contrato social frente a las justificaciones de las Monarquías absolutas de derecho divino. En la trascendente reflexión sobre los valores que deben inspirarnos para construir la Europa del futuro, existe una soterrada pero efectiva pugna entre valores ilustrados y valores románticos, y por eso continúa siendo necesario historiar el presente, para ayudar a discernir cuál de esas dos grandes culturas merece tener mayor presencia en el mañana de los europeos.

En las siguientes páginas no pretendo juzgar a Carlos III, ni como persona ni como monarca. Los historiadores no debemos ser jueces del pasado. Trato de analizar para comprender lo que realizó durante sus reinados en su propio horizonte de civilización y deseando no caer en perniciosos anacronismos que aplican criterios del presente a sociedades del pasado, ni en teleologismos que narran el pretérito como si fuera parte de un guion previamente escrito desde fuera de la propia colectividad humana. Deseo saber qué pensaban Carlos III y sus ministros que debía hacerse, qué decidieron finalmente realizar y por qué. Y considero preciso, asimismo, ponderar los límites y las oposiciones que tuvieron en su época y las respuestas que ofrecieron ante los obstáculos.

Así pues, quede claro que no me sitúo equidistante entre críticos y panegiristas de la obra carolina, porque sencillamente no creo que sea lícito como historiador ser ni lo uno ni lo otro. Intento en la presente biografía algo muy conocido, pero que continúa siendo para mí lo esencial en la tarea de historiar: analizar científicamente los reinados de Carlos III en sus propias circunstancias para poner el resultado a disposición de la comprensión de nuestro mundo actual, con la esperanza de que una ciudadanía bien informada pueda utilizar el pasado para proponer libremente sus proyectos sociales de futuro.

AGRADECIMIENTOS

La presente obra es una profunda revisión muy ampliada de la biografía que escribí sobre Carlos III hace quince años. Desde entonces, la ampliación de los estudios sobre el monarca y su tiempo histórico ha sido considerable. Y, por esta razón básica, ha ido adquiriendo paulatina fuerza la idea de volver a poner en manos del lector actual una nueva versión de mis reflexiones acerca del tercer Borbón.

Aunque con antecedentes sin duda muy señeros, en los últimos cuarenta años la historiografía sobre el Setecientos hispano ha dado un salto cualitativo espectacular gracias a una comunidad científica de modernistas que ha sabido situarla a la par de la historiografía internacional. Es precisamente a esa magnífica suma de colegas a la que debo agradecer en primer lugar su ingente contribución, sin la cual este libro no hubiera sido posible. Por eso me parece justo y oportuno referirme a esta nueva biografía carolina como un producto coral posibilitado por la aportación de una pléyade de excelentes investigadores, tanto españoles como hispanistas.

Quiero igualmente agradecer el sumo interés y la gran profesionalidad que han puesto en la realización de esta obra mis dos editoras, Ana Rosa Semprún y Lola Cruz, que fueron finalmente quienes más me animaron a dar el paso definitivo para publicar la nueva biografía en el marco de este tercer centenario del nacimiento del monarca y de la mano de esa histórica, admirada y prestigiosa editorial que es Espasa Calpe. Admito, desde luego, que se piense que estamos ante una nueva biografía editada al calor de una efeméride histórica, pero estoy persuadido de que la divulgación del conocimiento científico del pasado debe

servirse de forma inteligente de estas oportunidades, sin perder, por supuesto, el trasfondo de rigor académico que exige la historiografía.

Por último, me complace dedicar esta obra a mis seres más queridos, que son quienes cuidan de mí y me hacen la vida placentera. A mi maestro Carlos Martínez Shaw, a mi «hermano» Alex Sánchez y a mis íntimos Ricardo García Cárcel y Ximo Prats. También a todos mis queridos amigos leridanos y a mis compañeros del Rectorado de la Universitat de Lleida, que más de una vez han soportado mis «discursos» sobre Carlos III. Y, por supuesto, con todo mi corazón, a mis padres y a mi esposa Eugenia y a mi hijo Daniel, con quienes deseo seguir compartiendo la felicidad de la vida. Y siempre con el recuerdo permanente de mi hermana Conchita.

INTRODUCCIÓN

La vida y la obra de los reyes han tenido una gran influencia en el devenir de las sociedades. Es razonable sostener esta idea en la medida en que, durante siglos, ellos han acaparado una gran parte del poder de decisión sobre el rumbo que debían tomar sus sociedades. Bien sabemos que escribir la historia de un país sin ocuparse de la historia de su sociedad es imposible. Pero tampoco es recomendable hacerlo sin historiar a sus Monarquías, en el caso de que hayan sido su forma de gobierno a lo largo de una parte o de toda su historia. Esta afirmación es enteramente válida para entender el Setecientos hispano. Una centuria de importantes cambios en los cuales la actuación de sus reyes tuvo una fuerte influencia para el devenir colectivo del país.

Entre los monarcas del siglo, Carlos III ha sido siempre objeto de la mayor atención por parte de historiadores, pensadores y políticos. Carlos III siempre ha estado de actualidad. Situado en el tentador escaparate de los personajes ejemplarizantes, se ha convertido en una especie de espejo histórico en el que las sucesivas generaciones han ido a mirarse con harta frecuencia. Para compararse y aprender. Para coincidir o disentir. Desde su desaparición física en 1788, no ha dejado de estar presente en el recuerdo popular y en la discusión intelectual hasta llegar a convertirse en un paradigma recurrente. Es decir, en un referente que ha servido para que los españoles pudieran interrogarse sobre su presente visitando el pasado dieciochesco.

En efecto, centrar la mirada en Carlos III ha resultado un eficaz recurso para justificar las propias posiciones políticas, las propias formas de entender lo que debía hacerse para el mejor futuro de España. El combate en torno a la

valoración de la figura y obra del tercer Borbón ha sido librado por el amplio elenco de ideologías que desde su muerte han discurrido por la historia de España. Todas ellas, con el fin último de legitimar su propio ideario y su propia práctica política, han creído ver en este rey grandes aciertos y grandes errores, acciones a imitar o equivocaciones a soslayar. Según fuera la consideración que se tenía sobre lo que debía hacerse para el futuro, así ha sido leída habitualmente la actuación de nuestro personaje. La posición doctrinaria de cada cual ha pesado también entre los historiadores como una losa en el momento de señalar e interpretar los hechos, y todavía más en el de proceder a valorarlos. Carlos III casi nunca ha propiciado la neutralidad, casi nunca ha sido un objeto de un estudio proclive a la ecuanimidad. Sacarlo de contexto ha sido moneda habitual. Anacronismo, presentismo e ideologismo han planeado constantemente sobre la figura del rey.

Desde luego, el personaje, su obra y su tiempo histórico explican la variada y sostenida utilización de su biografía. Carlos III fue un soberano que se instaló en los medios, por tanto en los equilibrios, en una época de acelerados cambios en las diversas esferas de la vida europea y española. Fue un reformista moderado que tuvo que aprender a ponderar constantemente sus posiciones políticas a lo largo de sus dos intensos reinados en Nápoles y en España. Un vaivén que ejecutó siempre dentro de una estrategia general que perseguía mejorar la situación heredada sin provocar alteraciones sociales o políticas que pusieran en cuestión su propia Monarquía, o bien la esencia del horizonte de civilización en el que se había educado y en el que creía sinceramente.

La historia personal de Carlos III lo sitúa en medio del intervencionismo de su inteligente y afrancesada madre italiana y los prontos de genio de su amada y conservadora

esposa alemana; en medio de Inglaterra, Francia y Austria, las potencias que se disputaban la hegemonía continental; en medio de su profunda fe religiosa y su convencido espíritu regalista; en medio de sus objetivos de reforma interior y su temor a quebrantar la paz social; en medio de la necesidad de regenerar a las clases dominantes y de la permanente previsión de que estas no se volvieran en su contra; en medio de su talante más bien tradicional y su actitud de abierto amparo hacia algunas de las innovaciones de la Ilustración; en medio de los que reclamaban cambios sustanciales en la sociedad española y los que porfiaban para que todo continuara según el viejo orden de las cosas; en medio del partido aragonés y de los golillas; en medio de los manteístas y los colegiales; en medio, al fin, de la debida fidelidad a su dinastía y del supremo deber de servir a las Monarquías y a los pueblos que estuvieron bajo su responsabilidad.

Y estar en esta delicada posición medianera no dejó de provocarle, a menudo, indeseadas contradicciones de las cuales no siempre pudo salir bien parado. No es que fuera una persona sin creencias propias y convicciones arraigadas, sino que su ubicación histórica en un tiempo de rápidas mutaciones lo situó con frecuencia entre el cambio y la tradición, entre los deseos y la realidad, entre reformar el orden social estamental para mantenerlo y aceptar innovaciones que objetivamente lo ponían en cuestión. Y eso que se libró por poco de afrontar las consecuencias de la toma de la Bastilla.

Es por todo lo anterior por lo que políticos e intelectuales han ubicado al tercer Borbón en el ágora de la proverbial discusión sobre los antiguos y los modernos, que en la Historia de España han pugnado, desde entonces, por imponer sus modelos de sociedad. Para todos ellos, Carlos III ha resultado un eficaz referente histórico en la legitima-

ción de sus posiciones doctrinales y políticas. En unos casos ha servido para alimentar el misonéismo propio de los tradicionalistas, en otros para llenar de nostalgia a los progresistas, en algunos para explicar los miedos atávicos que los poderosos han tenido siempre a los cambios radicales en el orden social imperante. En definitiva, hablar de Carlos III es hablar de las reformas de Nápoles y de España. Reformas que, en el caso español, no debemos olvidar que ya habían iniciado su padre Felipe V y su hermanastro Fernando VI. Y hablar de reformas, de cambio, siempre ha dividido (y divide) a la sociedad entre antiguos y modernos, conservadores e innovadores, tradicionalistas y progresistas y, más recientemente, derechas e izquierdas.

1

TIEMPOS DE FORMACIÓN

LA SEGUNDA BODA DE FELIPE V

Con los aires bélicos de la Guerra de Sucesión todavía soplando por las planicies españolas, el 14 de febrero de 1714 moría, a los veinticinco años de edad, María Luisa Gabriela de Saboya, hija de Víctor Amadeo de Saboya y de Ana María de Orleáns. Felipe V, fundador de la dinastía borbónica en España, se quedaba viudo a los treinta y un años, después de trece de matrimonio. Dejaba María Luisa tres hijos: Luis, de siete años, Felipe Pedro, de dos y medio y Fernando, futuro rey de España como Fernando VI, que contaba con apenas quince meses.

Sin embargo, la juventud del monarca y las conveniencias dinásticas y nacionales aconsejaron rápidamente la búsqueda de una sustituta, pues el rey no era hombre para vivir en castidad con el equilibrio mental requerido, ni tampoco persona que por sus escrúpulos religiosos se acomodase a relaciones sentimentales ilícitas. Además, tras la muerte de su joven esposa, pasaba por una de sus peores épocas de tristeza y abandono. Su frágil salud y su compleja personalidad, plena de melancolía y humor vacilante, vivían horas delicadas. Enclaustrado, presentaba síntomas prematuros de cansancio y de vejez, siendo difícil reconocerle como el rey animoso que algunos coetáneos le habían considerado.

De la nueva misión casadera iban a encargarse Marie-Anne de la Trémoille, más conocida como la princesa de los Ursinos, camarera mayor de la reina fallecida, y el abad

Giulio Alberoni, dos personajes de la máxima influencia en la Corte española. La princesa, tradicionalmente inclinada hacia el rey de Francia, tenía un especial interés en seguir manteniendo su preeminencia política, aumentada tras la muerte de su reina. Interés que le aconsejaba que fuera ella quien tomase la iniciativa de encontrar una candidata en la que poder influir, una nueva consorte regia que no dependiera de los dictados de su Corte de procedencia, sino que más bien escuchara los consejos de aquella persona a la que iba a deber su encumbramiento. Además, con ello cesarían los absurdos rumores que tanto la perjudicaban y que insistían en la idea de que ella misma, con setenta y dos años, quería desposarse con el rey Felipe, que por aquel entonces rondaba la treintena.

El sagaz y hábil Alberoni fue el encargado de sugerir a la princesa de los Ursinos el nombre de la pretendiente ideal, tratando de adelantarse con ello a que fuera esta última quien buscara una candidata a su conveniencia para seguir manteniendo su poder cortesano. Se trataba de la hija única del fallecido Eduardo II, duque de Parma, y de Dorothea Sofía de Neoburgo, condesa palatina del Rhin y duquesa de Baviera. Su nombre era Isabel de Farnesio, tenía veintidós años y era la tercera en la línea de sucesión del ducado de Parma, tras sus dos tíos Francisco y Antonio, que morirían sin descendencia, así como la heredera también de la Casa de Médicis por parte de su bisabuela paterna Margarita. Es decir, se unían en Isabel la razonable expectativa de disfrutar la herencia de dos de las principales dinastías italianas y, por tanto, de poder acceder en el futuro a los ducados de Parma y Plasencia y al archiducado de Toscana. Motivos sin duda muy influyentes para que la boda fuera considerada conveniente desde un punto de vista político, pues podía ayudar a restaurar la presencia de España en Italia, algo muy querido por los españoles y por el rey.